



UCA

Pontificia Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires

Biblioteca Digital



Fernández, Víctor Manuel

Un padre que ama la vida : el contexto adecuado de nuestra preocupación por la bioética

Vida y Ética. Año 11, N° 1, Junio 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor Manuel, "Un padre que ama la vida: el contexto adecuado de nuestra preocupación por la bioética", *Vida y Ética*, año 11, n° 1, Buenos Aires, (junio, 2010).

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/padre-que-ama-vida.pdf>

Se recomienda ingresar la fecha de consulta entre corchetes, al final de la cita Ej: [Fecha de acceso octubre 9, 2001].

UN PADRE QUE AMA LA VIDA. EL CONTEXTO ADECUADO DE NUESTRA PREOCUPACIÓN POR LA BIOÉTICA

Pbro. Dr. Víctor Manuel Fernández

- Sacerdote
- Doctor en Teología
- Fue decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina -UCA- (2008-2009)
- De 2007 a 2009 fue presidente de la Sociedad Argentina de Teología
- En Río Cuarto fue párroco, formador del Seminario Mayor, asesor de movimientos, instituciones laicales, catequesis y ecumenismo; fundó un Profesorado en Ciencias sagradas y un Instituto para la formación de laicos
- Es perito de varias comisiones de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA)
- Fue perito en la comisión de redacción de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (2007)
- En diciembre de 2009 asumió a cargo del Rectorado de la UCA
- Entre libros, subsidios y artículos científicos cuenta con más de 300 publicaciones en Argentina y en varios países de América Latina y Europa

Palabras clave

- Cultura de la vida
- Cuestiones bioéticas
- Mirada cristiana
- Magisterio de la Iglesia

Key words

- Culture of life
- Bioethical issues
- Christian outlook
- Magisterium of the Church

RESUMEN

En la actualidad son frecuentes los ataques a la vida, se puede observar cómo se multiplican los proyectos de ley que justamente contradicen la opción cristiana por la vida. Esto conduce a menudo a los obispos y a otros miembros de la Iglesia a referirse a estos temas. En este trabajo se desarrollarán brevemente cinco contextos necesarios para reflexionar sobre la temática con una mirada cristiana a partir de la lectura de textos de Aparecida y del Magisterio.

ABSTRACT

Nowadays, attacks against life are current. We can see bills contradicting the Christian promotion of life piling up. This usually makes bishops and other members of the Church refer to these issues. This work briefly develops five contexts which are necessary for the reflection on the subject with a christian outlook, taking the reading of the Aparecida and Magisterium documents as starting point.

A la hora de reflexionar sobre cuestiones de Bioética, es conveniente ofrecer un marco que ayude a comprender mejor el sentido de estos temas en el contexto del Evangelio entero y de la vida de la Iglesia.

Dado que los ataques a la vida hoy son tan frecuentes, y que se multiplican proyectos de ley que contradicen la opción cristiana por la vida, a menudo los obispos y otros miembros de la Iglesia se refieren a estos temas. Eso lleva a que algunos piensen que se sobredimensionan estas cuestiones de manera que no se ve la armonía del conjunto de la enseñanza del Evangelio y se corre el riesgo de la saturación.

Pero el otro riesgo está en dejar de hablar sobre estos temas simplemente para no molestar, para no alterar a los que piensan diferente, y así olvidar que el Evangelio es una interpelación, una invitación a tener en cuenta aquellos temas que la sociedad olvida o descuida, y que tienen estrecha conexión con la dignidad humana que pretendemos defender.

Lo que sí es conveniente y necesario es que siempre nos preocupemos por plantear estos temas de tal manera que se pueda apreciar el contexto amplio y rico que tienen en el conjunto de la enseñanza de la Iglesia. Con toda claridad lo dice el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* al afirmar que las

cuestiones éticas "exigen ser tomadas en consideración con una **visión de conjunto**, porque son cuestiones que están caracterizadas por una **interconexión** cada vez mayor, que se **condicionan mutuamente**" (DSI, n. 9). [1]

Por eso, vamos a desarrollar brevemente cinco contextos necesarios para poder reflexionar sobre estos temas con una mirada auténticamente cristiana y con toda su riqueza. Lo haremos siguiendo algunos textos de *Aparecida* y del Magisterio universal.

1. CONTEXTO TEOLÓGICO Y CRISTOLÓGICO

El *Documento de Aparecida* [2] contrasta la cultura de la vida a la situación de los excluidos de la vida social, y propone situar la cultura de la vida dentro del proyecto que el Padre tiene para todos sus hijos: "Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este **proyecto del Padre** e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida" (DA, n. 358).

La vida degradada y miserable de muchas personas que sufren contradice ese proyecto divino y nos invita a desarrollar una "cultura de la vida", una sensibilidad profunda ante todo lo que atenta contra la vida. Ese proyecto de amor paterno tiene que ver con cada uno, con cada persona humana. A cada ser humano le podemos aplicar todos esos bellos textos de la Biblia que hablan de su amor:

"Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo" (Is 43, 4).

"¿Acaso olvida una mujer su niño de pecho, sin enternecerse con el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Míralo, te llevo tatuado en la palma de mis manos" (Is 49, 15-16).

Pero especialmente aquel texto que dice:

"Yo te amé con un amor eterno; por eso he guardado fidelidad para ti" (Jer 31, 3).

Es decir, aunque nadie hubiera planeado su nacimiento, cada ser humano es esperado, porque está en ese eterno proyecto de amor del Padre. Para Él nadie aparece en esta Tierra por casualidad.

[1] PONTIFICIO CONSEJO DE JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* [DSI], Argentina, CEA, 2005.

[2] V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Aparecida. Documento conclusivo* [DA], Argentina, CEA, 2007.

Pero ese proyecto del Padre es un proyecto de felicidad, de vida íntegra y plena para cada uno. Es decir, Él no es enemigo de nuestra felicidad, sino, como dice 1 Tim 6, 17, Él "nos regala espléndidamente todas las cosas para que las disfrutemos". El *Documento de Aparecida* lo expresó diciendo que "su amistad no nos exige que renunciemos a nuestros anhelos de plenitud vital, porque Él ama nuestra felicidad también en esta Tierra" (DA, n. 355).

Por todo esto, es bueno que cuando hablamos de los temas de Bioética, no aparezcamos como contrarios a la felicidad humana, como mutiladores de las ganas de vivir, sino al contrario, como defensores de una vida plena para todos, y en definitiva como maestros de una verdadera sabiduría vital.

El contexto teológico no es sólo este proyecto de vida plena del Padre. Aquí aparece también el rostro de Cristo: "Una auténtica evangelización de nuestros pueblos implica asumir plenamente la radicalidad del amor cristiano, que se concreta en el seguimiento de Cristo en la cruz; en el padecer por Cristo a causa de la justicia; en el perdón y amor a los enemigos. Este amor supera al amor humano y participa en el amor divino, único eje cultural capaz de construir una cultura de la vida" (DA, n. 543).

El inmenso amor de Dios manifestado en la entrega total de Cristo, nos

estimula a defender la vida de cada ser humano y nos permite desarrollar una cultura de la vida. Pero la cultura de la vida no es sólo una cuestión de ideas cristológicas. Se va creando también gracias a una serie de gestos a favor de la vida que tienen como modelo la forma de actuar de Jesús con la gente: "Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida" (DA, n. 353).

Por eso mismo, Jesús tampoco aparece principalmente como un legislador o como alguien que nos impone una serie de normas y mortificaciones, que siempre está pidiéndonos cosas que nos mutilan, nos limitan y debilitan la intensidad vital. La vida en Cristo debe entenderse como vida plena en todos los sentidos: "La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio, y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero" (DA, n. 356). Cristo "no quita nada" (DA, nn. 15 y 352).

Este es el contexto fundamental de nuestra reflexión y de nuestra enseñanza sobre los temas relacionados con la vida. Pero hay otros contextos donde es necesario ubicar la Bioética.

2. CONTEXTO ECLESIALÓGICO Y MISIONERO

Nosotros no somos en primer lugar filósofos que piensan y opinan acerca de determinados temas éticos. Somos, sobre todo, discípulos misioneros. Estamos al servicio de la tarea evangelizadora que Cristo encomendó a su Iglesia. Pero la Iglesia se puede entender como un canal de vida plena. Es más, toda la misión de la Iglesia se debe presentar desde la perspectiva de la comunicación de vida: "La Iglesia tiene como **misión propia y específica** comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas" (DA, n. 386).

Por eso, todo lo que la Iglesia transmite en su misión, también lo que se refiera a la Bioética, debería presentarse de tal manera que se vea que es una enseñanza al servicio de una vida más digna para todos: "La doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparentar esta atractiva oferta de una vida más digna en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe" (DA, n. 361).

3. CONTEXTO ANTROPOLÓGICO

Tenemos que decir que hay muchas formas aparentes de defender la dignidad humana, cuando se lo hace por puros intereses políticos -hoy todos hablan de los pobres porque queda bien- o ideológicos. Pero si no hay detrás una profunda concepción del ser humano, nada de eso tiene coherencia ni futuro. Para defender a fondo la dignidad humana hay que tener una concepción del ser humano que sostenga firmemente esas convicciones: "No existe auténtica promoción humana, verdadera liberación, ni opción preferencial por los pobres, si no se parte de los fundamentos mismos de la dignidad de la persona". [3]

Por eso en Aparecida, antes de hablar de la promoción humana y de la opción por los pobres, se comienza destacando el inmenso valor que tiene una vida humana siempre, ya desde la concepción: cada ser humano, desde su concepción, no sólo es sagrado, sino que tiene una "dignidad infinita" (DA, n. 388). [4]

Si para nosotros cada individuo humano tiene una dignidad infinita,

[3] JUAN PABLO II, *Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* [en línea], 12 de octubre de 1992, n. 18, disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1992/october/documents/hf_jp-ii_spe_19921012_iv-conferencia-latinoamerica_sp.html>.

[4] JUAN PABLO II, *Mensaje a los discapacitados, Angelus*, 16 de noviembre de 1980.

entonces cualquier vida humana es siempre inviolable, desde el primer instante de su desarrollo hasta la eternidad: el ser humano, imagen viviente de Dios, "es siempre **sagrado**, desde su concepción, **en todas las etapas** de su existencia, hasta su muerte natural y después de la muerte" (DA, n. 388). Por eso nos interesa el cuidado de la vida "desde la concepción, **en todas sus etapas**, y hasta la muerte natural" (DA, n. 464).

En estos dos textos hay que advertir que se quiso decir "en todas las etapas de su existencia". Se trata de un agregado que no estaba en las primeras redacciones de Aparecida. Se añadió posteriormente por varios pedidos insistentes que fueron aprobados. Se quería evitar así la idea de que estamos en contra del aborto y de la eutanasia, pero nos despreocupamos de la situación de tantos niños, jóvenes y adultos que viven en condiciones de miseria y de muerte. El ser humano es sagrado siempre, desde el comienzo hasta el final y en cada etapa de la vida en que se encuentre.

4. CONTEXTO MORAL

Ubicar la Bioética, y la preocupación pastoral por estos temas, en el contexto

más amplio de la enseñanza moral de la Iglesia, permite recordar que en esa moral lo primero es siempre la caridad. Benedicto XVI, al referirse a *Deus caritas est*, dijo: "Con la cual quise indicar a todos **lo que es esencial** en el mensaje cristiano". [5]

Por lo tanto, al hablar sobre estos temas y defender nuestra postura, habrá que cuidar siempre que se nos perciba como personas que aman a la gente, no como enemigos de la sociedad, y menos como moralistas llenos de odios.

El contexto moral también nos recuerda la doctrina católica sobre los condicionamientos humanos. Ya en el año 1980, en el documento sobre la eutanasia, la Iglesia dejó claro que su postura no es inhumana. Condena la eutanasia, pero reconoce que hay situaciones de inmenso dolor y de desesperación donde las personas a veces dejan de ser realmente responsables de lo que hacen. Concretamente, reconoce que en situaciones de un "dolor prolongado e insoportable", cuando alguien pide la muerte o ayuda a otro a morir, "la responsabilidad personal puede estar atenuada o incluso no existir". [6]

Esta enseñanza de la Iglesia sobre los condicionamientos humanos aparece en

[5] BENEDICTO XVI, *Discurso Inaugural de la V Conferencia*, Aparecida, n. 4.

[6] CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración "lura et bona" sobre la eutanasia*, 1980, II.

numerosos textos del Magisterio, e incluso en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE, n. 1735). [7] Pero también se destaca en un documento sobre la vida: "Las opciones contra la vida proceden, a veces, de situaciones difíciles o incluso dramáticas de profundo sufrimiento, soledad, falta total de perspectivas económicas, depresión y angustia por el futuro. Estas circunstancias pueden atenuar incluso notablemente la responsabilidad subjetiva y la consiguiente culpabilidad de quienes hacen estas opciones en sí mismas moralmente malas" (*Evangelium vitae*, n. 18b). [8]

Así queda claro que la Iglesia no es ciega y sabe reconocer el dramatismo de las situaciones humanas difíciles, donde, aunque uno muestra con claridad la verdad, evita emitir juicios sobre las personas. Esto también debería quedar claro cuando hablamos sobre estos temas, y tiene importantes consecuencias pastorales a la hora de tratar los casos concretos. Aquí interviene también lo que en la moral católica se llama "la ley de la gradualidad" (FC, n. 34). [9]

Por otra parte, el contexto de la enseñanza moral de la Iglesia nos ayuda a

poner en estrecha conexión los temas sociales de la moral con los temas propios de la Bioética, evitando contraponerlos de forma dialéctica. Al contrario, como dijimos al comienzo, son cuestiones que se iluminan unas a otras. Por eso hoy, cuando hablamos de una "cultura de la vida", en esa expresión incluimos tanto la defensa del niño por nacer como la opción por los pobres. Así queda claro en el discurso inaugural del Papa en Aparecida:

"Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, 'pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura (...) a la cooperación en el bien común (...) hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin' (PP, 21). En este contexto me es grato recordar la Encíclica *Populorum progressio*, cuyo 40 aniversario recordamos este año. Este docu-

[7] CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA (ed.), *Catecismo de la Iglesia Católica* [CCE], Buenos Aires, CEA, 2005.

[8] JUAN PABLO II, *Carta Encíclica "Evangelium vitae" sobre el valor y carácter inviolable de la vida humana* [EV], Madrid, 1995.

[9] JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica "Familiaris consortio" sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual* [FC], Buenos Aires, 1981.

mento pontificio pone en evidencia que el desarrollo auténtico ha de ser integral, es decir, orientado a la promoción de todo el hombre y de todos los hombres (cfr. n. 14), e invita a todos a suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes. Estos pueblos anhelan, sobre todo, la plenitud de vida que Cristo nos ha traído: '*Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*' (Jn 10, 10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural".

Sobre esta conexión entre los temas, en Aparecida hay un párrafo sumamente iluminador: "Si queremos sostener un fundamento sólido e inviolable para los derechos humanos, es indispensable reconocer que la vida humana debe ser defendida siempre, desde el momento mismo de la fecundación. De otra manera, las circunstancias y conveniencias de los poderosos siempre encontrarán excusas para maltratar a las personas" (DA, n. 467).

Si no se valora la vida humana desde la concepción, ¿qué fundamento sólido le queda para defender al pueblo de los maltratos e injusticias? Si hay excusas para matar a un inocente, siempre apare-

cerán excusas para cualquier otro abuso contra la vida humana.

Finalmente, para confirmar esta estrecha relación que hay entre la moral social y la Bioética, basta leer la última encíclica de Benedicto XVI:

"Uno de los aspectos más destacados del desarrollo actual es la importancia del tema del respeto a la vida, que en modo alguno puede separarse de las cuestiones relacionadas con el desarrollo de los pueblos (...). La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre. Si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se marchitan otras formas de acogida provechosas para la vida social. La acogida de la vida forja las energías morales y capacita para la ayuda recíproca" (CiV, n. 28). [10]

5. CONTEXTO CULTURAL

Con respecto al contexto de la cultura actual, en primer lugar cabe reconocer que a veces no es fácil comunicar los

[10] BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica "Caritas in veritate" sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad* [CiV], Buenos Aires, 2009.

temas propios de la Bioética, porque vivimos una época llena de signos de muerte, opciones de muerte que conforman una especie de "cultura de la muerte". Pero, antes que presentarnos como enemigos de esa cultura de la muerte, conviene aparecer como hombres y mujeres "de parte de la vida" en todos sus sentidos. Creo que lo ha expresado muy bien Mons. Tettamanzi: "El **Evangelio de la vida** expresa toda la fuerza de su denuncia y de su condena cuando desenmascara la **cultura de la muerte** que actúa de manera sistemática y organizada en nuestra sociedad, cuando contrasta la conjura contra la vida y derriba las estructuras de pecado. (...). En esta lucha la Iglesia está de parte de la vida, de parte de los pobres cuya vida sufre múltiples ataques en las situaciones de mayor debilidad y precariedad". [11]

El problema es que la "cultura de la muerte" crea también una "sensibilidad muerta". Estamos tan pendientes del bienestar individual, que cualquier persona enferma, débil o sufriente, nos provoca rechazo. La cultura de la muerte provoca la muerte de la solidaridad. Muy bien lo expresó *Evangelium vitae*: "Se puede considerar como una verdadera y auténtica estructura de pecado, caracterizada por la difusión de una cultura

contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera cultura de la muerte (...). Quien, con su enfermedad, con su minusvalidez o, más simplemente, con su misma presencia pone en discusión el bienestar y el estilo de vida de los más aventajados, tiende a ser visto como un enemigo del cual hay que defenderse" (EV, n. 12).

El *Documento de Aparecida* también ha sido muy claro con respecto a este aspecto profundamente individualista de la cultura de la muerte:

"Se verifica una tendencia hacia la afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos (...). La afirmación de los derechos individuales y subjetivos, sin un esfuerzo semejante para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente de quienes son más pobres y vulnerables" (DA, n. 47).

"En esta época, suele suceder que defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso, nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o

[11] TETTAMANZI, D. mons., "Introducción", en: JUAN PABLO II, *Carta Encíclica "Evangelium vitae"...*, op. cit., nn. 3-38, 37; sobre la opción por la vida de los pobres, cfr. EV, nn. 32, 87, 104.

meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones" (DA, n. 397).

Pero, para terminar, Aparecida no deja de reconocer que estamos en América Latina, en un continente marcado por los deseos de vida. Por eso presenta a Dios como fuente de vida para el pueblo: "Nuestros pueblos no quieren andar por sombras de muerte; tienen sed de vida y felicidad en Cristo. Lo buscan como fuente de vida" (DA, n. 351).

Este "vitalismo" latinoamericano ha sido destacado por muchos pensadores y escritores que reconocen cómo la mayoría de las mujeres pobres se aferran a sus hijos, y tienen muchos hijos, porque en medio de su miseria sienten que esos hijos son su mayor tesoro. Así lo dijo, por ejemplo, Gabriel García Márquez cuando le entregaron el premio Nobel de Literatura. Allí, delante de un público europeo, que desprecia la cultura latinoamericana, se expresó de esta manera:

"Frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios, ni las pestes, ni las hambrunas, ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los

siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera. Cada año hay setenta y cuatro millones más de nacimientos que de defunciones (...). La mayoría de ellos nacen en los países de menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces, no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino a la totalidad de seres vivos (...). Nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es tarde para emprender la creación de una utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad en esta Tierra". [12]

Vemos así que, cuando se coloca la Bioética católica en estos contextos que nos ofrecen el Evangelio y la vida de la Iglesia con toda su riqueza, se puede explicitar mejor todo su sentido humanista y cristiano, y toda su belleza y actualidad.

[12] G. GARCÍA MÁRQUEZ, "Discurso ante la Academia sueca", al recibir el premio Nobel de Literatura en 1982, en: CODINA, V., *Creo en el Espíritu Santo*, Santander, 1994, p. 181.